

Los pormenores
de la
historia



EMILIO MAJUELO GIL

(Tudela, 1953), historiador y profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Pública de Navarra, ha dedicado gran parte de su actividad investigadora al estudio y análisis de los movimientos sociales. Entre sus obras destacan: *La conflictividad social agraria en la Ribera tudelana (1931-1933)*; *Del catolicismo agrario al cooperativismo*.



mo empresarial. Setenta y cinco años de la Federación de cooperativas navarras. 1910-1985 (en colaboración con Ángel Pascual); Luchas de clases en Navarra. 1931-1936.

[Entre el militarismo y la dignidad: Jaca 1936]

Emilio Majuelo Gil

Casi siete décadas después del golpe de Estado contra el gobierno republicano que dio inicio a la guerra civil de 1936, no ha decaído el interés por conocer y profundizar acerca del sentido de aquellos hechos. De hecho, la abundancia de publicaciones sobre el tema es tal que resulta prácticamente imposible, incluso a los especialistas en el período, llevar un seguimiento exacto de las mismas. Esta desbordante realidad editorial viene también a confirmar la existencia todavía de numerosas y nuevas fuentes históricas que están permitiendo explicar algunos pasajes importantes acaecidos en aquella coyuntura. Gracias a la consulta de algunos fondos documentales de archivos judiciales y militares, por ejemplo, han podido escribirse obras tan documentadas e importantes como las referentes a la temprana insurrección cívico militar del 12 de diciembre de 1930 en Jaca o a la represión ejercida sobre los seguidores del bando republicano a partir de julio de 1936 en Aragón.* Algunas otras fuentes siguen dormidas en archivos de particulares que tuvieron cierta relevancia en algunos episodios como el que aquí se narra referido a la ciudad de Jaca.

Fue en la noche del 18 al 19 de julio de 1936 en la considerada "perla del Pirineo", la bella ciudad de Jaca, cuando unas autoridades municipales, nerviosas por las noticias que de forma intermitente y alarmante afluían hablando de una insurrección militar en Marruecos, trataban de controlar la situación local de por sí muy complicada debido a la fortaleza militar que el Estado históricamente había consolidado en las plazas fronterizas con Francia.

Después de los sucesos de diciembre de 1930, Jaca se había convertido en "cuna de la República", símbolo del republicanismo español que compartía con la villa vasca de Eibar, primera población en la que se había proclamado el nuevo régimen republicano. Las secuelas de lo sucedido en Jaca con ocasión del movimiento encabezado por los capitanes Galán y García Hernández, convertidos tras su fusilamiento en mártires de la democracia, no habían desaparecido. El empuje de ese republicanismo jacetano, representante de la primacía indiscutible del poder civil frente al militarismo dictatorial, se reflejó en la actitud de resistencia a la insurrección que en aquella aciaga noche iban a emprender los militares conspiradores.

En esas circunstancias, el alcalde de la ciudad, el socialista Julián Mur, se mantuvo en reunión permanente con la corporación y representantes de las fuerzas políticas de izquierda de la ciudad para decidir sobre las medidas a adoptar. Por una parte, el poderío militar era abrumadoramente superior al del sector civil, mayor incluso al que el ejército poseía en Huesca; por otra, se sabía a ciencia cierta que la conspiración estaba en marcha en el cuartel de la Victoria. Un día antes, el alcalde, conocidos los contactos establecidos entre los mandos militares complotados, había ordenado entre otros la detención del coronel Bernabeu, persona clave en la trama junto al capitán Dionisio Pareja. ¿Vista desde la distancia, fue una posibilidad capaz de frenar la intentona? Sin duda alguna, sí. Sin embargo, fue una oportunidad malograda

pues el gobernador civil, obedeciendo instrucciones directas del Gobierno, ordenó la liberación de estos elementos subversivos a pesar de las pruebas en su contra.

Esta decisión en sí misma no debe considerarse como una particularidad, sino como un caso más de negativa a armar a las organizaciones obreras del Frente Popular cuando éstas las requirieron para frenar la asonada militar. En el caso concreto de Huesca, el gobernador Agustín Carrascosa, reunido esa misma noche con el teniente coronel de la guardia civil Díez Ticio, entretuvo a los representantes del Frente Popular y de la CNT el tiempo suficiente como para hacer inútil una respuesta efectiva a la iniciativa de los conjurados contra la República. Después de esa última reunión de Carrascosa con los representantes del frentepopulismo oscense, quedó claro para éstos que no había sino la adopción de una estrategia defensiva. El prestigioso artista libertario Ramón Acín, *alma mater* del anarquismo oscense, llamó a la dispersión de las fuerzas obreras, en particular de



Florentín Ara Petriz, catedrático de instituto, se puso al frente de la resistencia republicana tras la detención de los participantes en la fallida sublevación de 1930. Consiguió escapar de Jaca en 1936, pero murió finalmente en Barcelona antes de terminar la guerra.

la CNT (mayoritaria entre los trabajadores de la capital), ante la carencia de armas con las que contrarrestar la potencia de fuego de los insurrectos del regimiento Valladolid nº 20. De ese modo, la capital se perdió irremediablemente para las fuerzas del Frente Popular y, a pesar del asedio a que desde agosto fue sometida, nunca fue liberada por las fuerzas republicanas.

Esta falta de decisión de la máxima autoridad provincial, que dio al traste con la posibilidad de que la capital permaneciera leal al Gobierno, no tuvo correlato en Jaca visto el comportamiento observado por la alcaldía. Julián Mur, decidido defensor de la legalidad durante esos difíciles momentos contó con la ayuda inestimable del diputado a Cortes por la provincia, el también socialista Julián Borderas. Junto a ellos, un buen número de civiles congregados en su torno, comisionados municipales y expediciones de las organizaciones obreras llegadas de los pueblos de la comarca, se prestaron a participar en la defensa de la república. Uno de ellos fue Florentín Ara Petriz, que ejerció como catedrático de Instituto de Bachillerato en Jaca y Barbastro, y que a finales de la guerra civil perdió la vida como consecuencia de un bombardeo de la aviación nacionalista en Barcelona. A él, militante de Izquierda Republicana, articulista y orador de vasta formación cultural, le tocó ser por azares del destino, un testigo de excepción de lo que ocurrió en Jaca en la noche crucial del 18 al 19 de julio. Había permanecido en el edificio consistorial hasta las dos y media de la madrugada, cuando se retiró a su domicilio situado entre la hoy denominada avenida de la Jacetania y la plaza del Hospital próxima a la calle Mayor, en la que se ubica el edificio consistorial.



La población salió masivamente a la calle Mayor de Jaca el 15 de abril de 1931 para celebrar el advenimiento de la II República.



Desarmado, el primer contingente de tropas rebeldes detenido, procedentes de Jaca, es conducido fuertemente escoltado hacia Huesca.

Hacia las seis de la mañana oyó disparos provenientes de una de las viviendas colindantes con esta calle y al poco una fuerte descarga de fusilería. Los primeros habían sido efectuados por personas compinchadas con los insurrectos del cuartel de la Victoria, con la intención, sin duda, de desviar la atención de la autoridad municipal que había adoptado medidas para impedir la salida de los militares desde dicho cuartel. Se había sabido que efectivamente los militares se disponían a proclamar el estado de guerra a esa temprana hora. A diferencia de lo que había ocurrido en la capital, donde la actitud indolente e irresponsable del gobernador civil había dejado a las organizaciones obreras en la mayor de las impotencias, en Jaca el dúo formado por el alcalde Mur y el diputado Borderas había recogido algunas armas, entre ellas una cincuenta de máusers sobrantes pertenecientes al cuerpo de Carabineros, y había establecido una línea de fuego en la carretera que va a Puente la Reina, a la salida de la ciudad. Las descargas de fusilería efectuadas por los ciudadanos movilizados contra los militares que pretendían declarar el estado de guerra es lo que alertó enormemente al vecindario, como observó Florentín Ara. Pronto se supo el resultado de la escaramuza pues habiendo tomado la iniciativa ciudadana desprevenida a la fuerza militar, tuvo ésta ocho bajas mortales, entre ellas un capitán y dos tenientes, y catorce heridos.

Esto no impidió un nuevo despliegue que partiendo desde ese cuartel trató de envolver a los voluntarios bajo las órdenes del alcalde. Con la llegada de refuerzos el desequilibrio en la potencialidad de fuego se agrandó cuando se dispusieron en línea de tiro varias ametralladoras y un cañón. Tras más de cuatro horas de lucha la resistencia fue imposible de mantener por mucho más tiempo. Un civil fue muerto abatido por tiro de fusil, quedando tendido durante varias horas en la carretera que va a Francia, con la circunstancia desgraciada de que se trataba de un curioso que para nada había participado en este hecho de armas.

Florentín Ara había quedado en su domicilio. Desde allí pudo contemplar con total extrañeza la actitud adoptada por el cuerpo de Carabineros que, por órdenes del teniente coronel Iribarren, quedó situado en la zona este de la ciudad, donde en actitud expectante no intervino en los acontecimientos, absteniéndose de participar a favor de la autoridad constituida dando de esta manera ventaja técnica a los insurrectos. La actitud meliflua de Iribarren no le exoneró de ser posteriormente

investigado por las autoridades franquistas acusado igualmente de conducta pasiva. Sin embargo, la defección de este cuerpo armado dejó definitivamente abandonados a su suerte a los republicanos locales. No quedaba sino la huida. Unos, como el conocido Antonio Beltrán, "el Esquinazau", marcharon a Francia por Canfranc. Mur y Borderas se adentraron en Francia por Aguas Calientes, acompañados por dos guardias civiles leales.

Las órdenes de detención se libraron con rapidez. Un intento de detener a los dos fugitivos fracasó cuando los telegrafistas de Jaca retuvieron el mensaje que los militares, dueños ya de la calle, habían remitido al puesto de la Guardia Civil en Sallent. Este acto de heroísmo les costó la vida pues pronto cayeron ante un pelotón de ejecución. Muchos otros, al no contar con medios para la huida, permanecieron en sus casas o escondidos en los alrededores a la espera de que la situación tomara un giro favorable. Ocurrió todo lo contrario. Los militares, que habían hecho acopio de información de los militantes de las organizaciones políticas y sindicales de la ciudad, confeccionaron amplias listas de personas de ideología republicana. Después de obtener algunas fotos de diversos actos públicos celebrados en meses anteriores escrutaron las imágenes para obtener la identidad de los retratados. El colaboracionismo de personas de ideología derechista de la ciudad, que asumieron el papel de delatores, les facilitó esta tarea.

Pronto se llenó la cárcel de presos. Cuando los buscados no fueron hallados o habían marchado a la zona republicana, fueron aprehendidos sus familiares y llevados a diversos establecimientos en calidad de rehenes, en espera de la aparición de sus allegados o como elemento disuasorio de los combatientes republicanos cuando el frente bélico estuvo próximo. También se iniciaron los recorridos de pelotones de voluntarios, matones y asesinos, por los pueblos de la comarca, haciendo prisioneros o, en el peor de los casos, deshaciéndose de ellos con total impunidad, gracias a la permisividad de las nuevas autoridades o incluso alentados por ellas. En estas circunstancias perdieron la vida, masacrados, más de trescientos habitantes de la Jacetania.

Florentín Ara siguió escondido en un anejo de la vivienda familiar. Atrapado en la ratonera en la que los militares habían convertido a Jaca, tuvo que esperar varios meses hasta conseguir huir a la zona leal de Barbastro. Mientras tanto, sumido en el temor diario de una posible delación o un descuido que precipitara su detención, sufrió varios registros en su casa, vio cómo sus familiares eran tomados presos y, lo más importante, fue testigo mudo de la actividad de los grupos que a altas horas de la noche fueron los ejecutores de las sacas y fusilamiento de sus vecinos. Aunque testigo mudo, no permaneció inactivo y en la soledad y en la incertidumbre del transcurrir de los días, siguió escribiendo en su diario en el que vertió su dolor y pesadumbre por la brutal ruptura de la convivencia social que, con pocas y



Alfonso Rodríguez «el Relojero», Antonio Beltrán «el Esquinazau» y Mariano Laclaustra, insignes republicanos jacetanos, fueron encarcelados tras la sublevación de Jaca, como otros paisanos que participaron.

casi nunca importantes excepciones, había caracterizado la vida política jaquesa durante la época republicana. Entremezclados con sus pensamientos recogió una información de primera mano sobre la larga y tensa madrugada del 19 de julio y sobre el comportamiento de algunos de los personajes más importantes en esos momentos. En suma, un testimonio que en la actualidad reconcilia a los amantes de la verdad histórica con aquellos defensores de la República cuya imagen, a pesar de la derrota, queda enaltecida por su digna actitud frente a los facciosos sublevados. ¶

*Esteban Gómez Gómez, *La insurrección de Jaca. Los hombres que trajeron la República*, Barcelona, Escego, 1996; Julián Casanova Ruiz y otros, *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, siglo XXI, 1992.